

LA CRÓNICA



Mientras Kaj Tiel Plu entona una cantiga en esperanto pienso que no todo está perdido, que quedan islas de singularidad para repoblar un planeta devastado por la masificación de la estupidez.

Son las diez de la noche. En la zona de aguas del gimnasio Európolis se apagan todas las luces menos las que alumbran desde dentro de las piscinas. Suena música *new-age*. Antes de nadar el kilómetro de rigor mantengo una breve charla con Dani, el socorrista.

“A mí lo que me gusta es la canción medieval en esperanto”, dice.

Soy cronista, estoy entrenado para tirar de esa clase de hilos.

Días después asisto a un ensayo del grupo Kaj Tiel Plu, en el salón de un piso más bien modesto. Me emociono. Mientras el septeto (son un octeto, pero hoy falta uno de los violinistas) entona una cantiga en esperanto pienso que no todo está perdido, que aún hay esperanzas, que quedan islas de singularidad en las que podríamos basarnos para repoblar un planeta devastado por la masificación de la estupidez.

Son tiempos difíciles, en los que hasta *EPS* —la prestigiosa revista de los domingos de este periódico— dedica páginas a las tribulaciones de ese inmenso trovador contemporáneo que es David Bisbal.

¿En qué creer, en quién confiar? ¿Alguien nos susurrará al oído una canción de amor que no sea del todo a cien?

Los esperantistas (buen palabra) son prácticamente inaudibles, y los cultores de éste tipo de música, más bien escasos. Del cruce de las dos corrientes minoritarias resulta un subgrupo aún más exiguo, unas *raras avis*. Sus cánticos refugan, en mi corazón, como diamantes encontrados en el barro.

¿Es el esperanto un vestigio de la época en la que millones de idealistas creían que

Aún hay esperanzas

SERGIO MAKAROFF

estaban en los umbrales de una nueva humanidad?

No, desmienten los miembros de Kaj Tiel Plu. El esperanto es un idioma creado por L. L. Zamenhof en 1887 como una herramienta idónea para las transacciones comerciales o lo que hiciera falta. Sin carga ideológica.

Cuatro miembros del combo hablan esperanto. Ninguno de los ocho vive de las actuaciones ni de la venta de discos, obviamente. Uno es titiritero; el otro, educador de menores problemáticos; el de más allá, informático en paro, y el de acullá, profesor de piano. También hay un historiador del medioevo, un camarero y una estudiante de Filología Románica. Gente sanota.

Los cuatro esperantistas se conocieron a través de la Asociación Catalana de Esperanto, que organiza cursos y encuentros para fomentar el uso de esta lengua. No hablan en esperanto entre ellos porque la filosofía de este idioma es funcionar como el segundo de a bordo de todo el mundo.

El código universal de L. L. Zamenhof tuvo un auge inicial, luego languideció y ahora vuelve a florecer con fuerza gracias a Internet, lo cual no deja de ser tremendamente lógico, amén de auspicioso. Un buen punto de partida para los interesados es la página www.esperanto-ct.org, que por supuesto remite a un sinfín de sitios asociados o *links*.

Una de las ventajas de dominar esta lengua es que permite viajar a cualquier lugar del mundo y alojarse en casa de otro esperantista. Según mis interlocutores, más de uno aprende esperanto para poder aprovecharse de esa red. O para apuntarse a la jueriga, ya que por lo visto

los congresos tienen un tono agradablemente festivo.

Existe hasta un argot del esperanto. A pesar de ser una lengua intermitente y accesoria por vocación propia, evoluciona con el suficiente dinamismo como para que los mayores, a veces, no entiendan a los más jóvenes.

Por suerte hay distintas maneras de diver-

tirse. Mientras el hombre masa de Ortega y Gasset se atiborra de fútbol; la mujer masa, de personajes espeluznantes, y ambos, de televisión desechable, los alegres trovadores de Kaj Tiel Plu (el nombre significa “etcétera”) se dedican a traducir canciones tradicionales occitanas, sefarditas o cantigas de Alfonso X al esperanto. Y a cantarlas en *petit comité*.

El octeto se apresta a grabar su segundo álbum. En el ámbito esperantista el disco más vendido alcanzó los 5.000 ejemplares. A través de la página *web* ya mencionada se puede acceder a un vasto catálogo de discos y libros.

¿Personajes prominentes que hablen o hayan hablado en esperanto? Pero ¿cómo no! Juan Pablo II, Pio XII, Andreu Nin (fundador del POUM), Carles Ribà, Joan Amades, Francesc Pi i Margall, Mercè Rodoreda, el mariscal Tito, Charlie Chaplin, Cicciolina...

Los esperantistas suelen ser políglotas. Ferriol Macip, uno de los violinistas del grupo, elabora y presenta un telediario en occitano —variante gascona, no confundir con la versión de Languedoc— cada 15 días en BTV. Los sábados a las 11.05 y los domingos a las 13.20 horas. El músico y presentador, apodado Farri (no confundir con El Fary) luce una enorme tela de araña tatuada en el hombro. Además de las melodías tradicionales que interpreta con Kaj Tiel Plu, le gusta la música tipo *joil*, que va desde el punk rock más rancio hasta el *ska* superaceñado. Este estilo es característico, en el Reino Unido, de los *redskins*, o sea de, los cabezas rapadas rojillos. Ya ven: gente sanota, pero no amuermada.

Los trovadores de Kaj Tiel Plu traducen canciones populares occitanas o sefarditas, y cantigas de Alfonso X, al esperanto

¿Qué ha pasado? Cabe imaginar que muchos millares de dirigentes, militantes y hasta votantes de ese Partido Popular gradualmente ensoberbecido durante ocho años de poder se hayan formulado en las últimas 36 horas, si es que el aturdimiento de la derrota se lo permite, esta pregunta: ¿qué ha pasado?

Pues ha ocurrido que, desde su llegada a La Moncloa, Aznar y los suyos creyeron haber encontrado el arma arrojadiza, la pócima mágica que iba a permitirles no sólo capitidismuir a los competidores políticos, sino también reescribir en un sentido involutivo los pactos fundantes de la transición democrática —esos pactos en los que ellos no habían participado sino a regañadientes—, hacer de la Constitución de 1978 una jaula y del Estado autonómico una cáscara sin substancia. Esa arma, esa pócima, era el antiterrorismo; pero no el que podemos compartir todos los demócratas cualquiera que sea la patria que sintamos, sino un antiterrorismo concebido

en sentido lato, como la coartada universal que permitía tanto satanizar a los nacionalismos democráticos como justificar el refortalecimiento del poder central, lo mismo situar al PSOE en el dilema entre la mansedumbre y la traición que criminalizar cualquier sistema educativo no amoldado a los esquemas del españolismo. No estará de más recordar que, en la misma e infausta mañana del 11 de marzo, inspectores ministeriales tenían previsto escuchar varias escuelas de Euskadi en busca de pruebas de la enseñanza “separatista” que supuestamente se impartía en ellas.

Cauteloso y tentativo hasta la mayoría absoluta de 2000, el empleo del antiterrorismo como arma de chantaje o de destrucción política del adversario se desató a

partir de entonces con creciente virulencia y con el inicial asentimiento del partido socialista. Sus primeros objetivos fueron el Gobierno vasco y los partidos que lo sustentan, después todos aquellos

La política antiterrorista del PP, que ha satanizado a los nacionalismos, se le ha vuelto en contra

intelectuales, articulistas o creadores refractarios al pensamiento único definido en la materia por ¡Basta Ya!, el Foro de Ermua y sus correspondientes gurús orgánicos (recuérdese, por vía de ejem-

plo, el caso de Julio Medem) y, mucho más recientemente, Esquerra Republicana, el tripartito catalán, Pasqual Maragall y, por extensión, un PSOE que para entonces ya había pasado de acólito a víctima del brutal maniqueísmo aznarista.

En este contexto deben situarse el lapsus de la ministra García-Valdecasas al acusar al socialismo de “pactar con asesinos”, el discurso sevillano de Aznar en el que atribuyó a Carod Rovira el haber “dado permiso” para el asesinato del matrimonio Jiménez Becerril y la apostilla del ministro Acebes sobre “lo contento” que iba a estar Carod al saber que ETA planeaba atacar en Madrid, y no en Cataluña. Cuando, con tales antecedentes, se produjo la salvaje matanza del jueves 11, la propia y

obscena lógica que el PP llevaba semanas, meses, años cultivando le conducía a apurar hasta las heces —nunca mejor dicho, lo de las heces— la explotación político-electoral del terrorismo: si el masivo crimen era obra de ETA, entonces el PSOE de Zapatero, ese partido infeudado a Maragall y socio de Esquerra Republicana, quedaba hecho pavesas; el tripartito catalán, herido de muerte, y Rajoy, con la mayoría absoluta en el bolsillo. De ahí la temeraria audacia del presidente del Gobierno llamando a los directores de los medios, la del gabinete de La Moncloa intoxicando a la prensa extranjera, la del Ministerio de Exteriores cursando a los embajadores de España propaganda en lugar de información, la del inefable Acebes tachando de “miserales” a quienes dudasen de la versión oficial. De ahí esa desfachatez general y desesperada por ocultar, o minimizar, o postergar las evidencias crecientes que desmentían la autoría etarra, esa desfachatez que terminó por convertirse

El bumerán

JOAN B. CULLA